
Pilar Aroca. En este corazón

Madrid: Huerga & Fierro Editores, 2009, 82 pp.
I.S.B.N.: 978-84-8374-777-3. [Portada y dibujos de Manuel Mingorance Ación]

Ángel M. Aguirre
Universidad Interamericana de Puerto Rico

Unos dieciséis años tras la publicación de la trilogía poética titulada **Tierra erguida** (Premio Ciudad de Benicarló de Poesía, 1993), la escritora madrileña Pilar Aroca publica este nuevo poemario, libro “sabiamente urdido” y lleno de “la luz más lírica”, según señala inteligentemente Jorge de Arco en sus palabras liminares. Está dedicado a siete mujeres, que sospechamos son miembros de la familia más cercana de la autora, y la mayoría de los diecisiete poemas que componen el libro se inspiran en mujeres históricas como Diana Frances Spencer, Princesa de Gales, Juana I de Castilla, la Agustina de Aragón pintada por Goya en el grabado titulado “¡Qué valor!” de su serie “Los desastres de la guerra”, la Princesa Soraya Esfandiary, la noble sajona Lady Godiva de Chester, representada en el cuadro de Jules Lefebvre, una moderna Lorelei caribeña [su identidad oculta bajo el nombre de la legendaria sirena nórdica del folclor céltico-germánico cantada en los poemas de los alemanes Clemens Brentano y Heine], Zenobia Camprubí de Jiménez, la amiga María Guerra de López Anglada y la niña Angelines López Anglada. Otras mujeres cantadas por Pilar Aroca son histórico-literarias como Santa Teresa de Jesús, o famosos personajes femeninos de la literatura, de la leyenda o de la pintura universal como la Eva del **Antiguo Testamento**, pintada por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, la Ofelia del **Hamlet** de Shakespeare, pintada por Delacroix, la Margarita del **Fausto**, la Lorelei legendaria de los países nórdicos, la modelo para el cuadro de la “Gioconda desnuda” de Leonardo Da Vinci o simplemente el lienzo de un cuadro, “Caracola”, pintado por una mujer, María Ángeles de Armas. El libro cierra con el poema dedicado a un personaje literario, la hermosa e inteligente Dorotea de la primera parte de **Don Quijote de la Mancha**, uno de nuestros personajes favoritos tanto por su gran belleza como por su sabiduría y su importante intervención en la trama de la novela, cuando travestida de princesa Micomicona, se convierte en personaje autónomo al narrar y representar en carne propia su tragedia personal de mujer seducida y abandonada por el veleidoso Don Fernando.

El poemario abre con un poema titulado “Preludio” y está dedicado al instrumento musical español por antonomasia, la guitarra. Las tres primeras palabras del título de esa composición, “*En este corazón* están el amor, el odio y el olvido”, dan título al libro. Pilar Aroca parece querer unir a la musicalidad de sus versos el recuerdo de la mejor música tradicional hispánica, así como el rumor melodioso –con ecos líricos de Fray Luis de León y de San Juan de la Cruz- del bosque, del campo, del mar, del canto de las sirenas, de la música de las esferas y de la armonía del conjunto. Todo unido y recordado por los acordes ancestrales de la guitarra, cuyo planto, al herir las cuerdas tensas

En este corazón, vibrante caja,
han guardado los hados su memoria
de notas desgarradas y dolientes:
tañidos arrancados de la tierra.
Y es, como una mujer enamorada,
símbolo de pasiones y placeres.
es el amor, el odio y el olvido
recordado en la noche cadenciosa.
Es el pan en las manos que no tiene,
y el vino derramado por su talle,
que gime y se cimbea como junco
nacido entre los limos de otro río.

En el poema I escuchamos la voz de la primera mujer, Eva, que narra la creación de la primera pareja:

Creó Dios el amor y tú ya estabas
soñando paraísos de piel de terciopelo
e imaginando arcillas de pétalos transidos
mirándome a los ojos que aún yo no tenía.

En versos extraordinarios Eva va definiendo el gozo de su experiencia amorosa y la llegada de la pasión carnal:

Un fuego entre mis dedos al rozarte,
estrellas encendió por mis aristas
y cabalgó en mis labios de silencio,
un huracán
de rojas rosas, pámpanos y almizcle
que ensombreciera al sol
encegueciéndonos.
Yo te di de beber, sin que se oyera,
del gavilán oculto en mi saliva
y te dejé en la boca
un sabor agridulce de manzana.

El aire se llenó de azul violento.

La serpiente tentadora aparece representada por “una voz que [los] llamaba **reptando** a lo más alto”. Es interesante que el personaje de Adán permanezca silente a través de todo el poema y sólo se escuche la voz de una Eva un tanto “olvidadiza”, como sucede en una experiencia mística por la “borrachera” del éxtasis. El pudor al perder su inocencia nuestros primeros padres se menciona en los dos versos finales del poema:

Y tú hueles a barro todavía
y yo escondo las manos y los ojos.

El “Canto a Godiva de Chester”, recoge, en cierto sentido, al final del poema el tema de “la Bella y la Bestia”. Tras la descripción inicial de la hermosísima mujer desnuda que monta su caballo *Céfiro* mientras oculta pudorosamente con su cabellera los senos y el vientre -“alba de seda” y “blancura de nieve”- y es portadora de una *misteriosa estrella* que va alumbrando su frente

Sola, *Lady* Godiva, atraviesa al galope
el Condado de Chester,
y se aleja de Coventry...como alción de su nido
-¡qué desiertas sus calles! Misteriosas parecen...-
y acelera, sin daño,
a su potro obediente,
que galopa extasiado por el roce levísimo
que la piel delicada de su dueña, le ofrece.

El poema titulado “Canto a Zenobia” es un emotivo y original homenaje a la esposa y colaboradora de Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí. Al igual que muchos de los otros personajes femeninos del libro, Zenobia posee el misterioso secreto de lo eterno femenino, y en su doble rol de musa y protectora maternal del poeta hipersensible y de su creación lírica, utiliza el venero de su lenguaje amoroso y de su sabiduría para colaborar en la creación y difusión de la prolífica Obra

juanramoniana. La voz poética se dirige a Zenobia para que comparta con ella su misterioso lenguaje amoroso:

Dame ahora el secreto
que habita entre las mallas de tu imagen:
sueño, mujer, musa que fuiste
de quien soñó más alto que las nubes
y más allá del verbo y la memoria;
de quien surcó los mares
y sus peces
como espuma de fuego,
quemando orilla y fondo,
desbocado y solemne.
Dime
cómo abrasaste, al fin,
la piel de su deseo:
Incendiando, voraz,
versos y labios.

El “Canto a Diana de Gales” es un largo y excelente poema [sesenta y cinco versos] de tono elegíaco. Comienza por la descripción física y emotiva de ese personaje histórico, que parecía arrancado de las páginas de un cuento de hadas:

Era dulce y esbelta,
casi en sazón.
suave y azul por dentro. Y se asomaban,
tímidos,
el mar y el cielo a sus pupilas.
.....
tenía el don del niño para amistades llanas,
y estaba destinada a la riqueza,
a la felicidad y al amor de las gentes.

Por desgracia, la ingenua princesa estaba marcada para la tragedia y no supo ver el peligro, la falta de lealtad, los intereses creados y la traición del desamor, ocultos tras las formas heráldicas, los blasones y escudos de la nobleza inglesa:

Y soñó:
y, en su sueño, calzó un zapato oscuro
de cristal y desgracia. De tiniebla.
Y al despertar tenía ya otro nombre
con lágrimas marinas engarzadas
en su anillo de bodas.
¿Qué mano de sarmiento quebraría,
siniestra, su destino,
trociéndolo en cadena de tristezas
y engaños
-ramillete
de afiladas cardenchas-;
y en corona de espinas,
su corona de reina?
Diana Frances Spencer

era de mie
y yerbabuena;
todavía esperaba, inquieta, que
las alas de un pegaso
o la fuerza de Odín,
golpearan su pecho.
Y una noche sin luna,
a la vera del Sena
(donde el agua del río ya logró separar
la inclemencia del Sandringham
y el rumor inefable de aquella Catedral
de San Pablo de Londres)
se durmió para siempre a la venganza
y al desamor amargo.
Diana,
la Walkiria del Althorp,
vistiendo de oro, azul y carmesí;
entre miles de flores
(y, en clamor de Inglaterra)
viajará eternamente por su lago...
Soñará eternamente
con el vuelo del Iris.
Y mientras,
una garza azulada habitará
para siempre
el Condado, ya triste, de Northampton.

“Esfinge de silencio” es otro poema extenso [tiene setenta versos] dedicado a otra princesa desgraciada, la hermosa Soraya, repudiada y exiliada en París y Marbella, lejos de su patria, de su reino y de todo lo que amaba:

Era rotunda, hermosa y cenital
como la luz que besa el horizonte
y trasminaba
un intenso perfume
de soledad, vacío y desamparo.
¡Esfinge de silencio!
Y eran, sus ojos, verdes
(como las esmeraldas
de su collar,
pero brillaban menos).
Eran verdes, marinos –y tristísimos–,
agua de un mismo océano,
y se perdían siempre,
entre algas y las caracolas
(de Marbella),
quizá en busca de un reino
perdido, entre las brumas de sus lágrimas,
del que fuera arrancada.
Desamorada,
derramada su sal en las orillas
de alguna playa solitaria y triste.
Rota.

A Soraya Esfandiary
se le acabó el amor: se lo arrancaron.
Y la brisa salobre le quemaba en los labios;
esos labios amargos,
melancólicos,
mudos.
Y se marchó a París.
Y también
le parecieron tristes las corrientes del Sena;
y su brisa tan gris como su soledumbre.
(Y en cada amanecer brillaba más
su collar de esmeraldas que sus ojos.)
La bella desposada,
la que fue repudiada, la que sintió en su vientre
mil veces la llamada del amor,
se apagó poco a poco
ahogada en la aflicción y la añoranza.
En soledad desierta.
En soledad transida.
Y ese día, por fin
clausuró las secretas marejadas
de sus ojos remotos.
Partió sin equipaje, desde su fría alcoba
del París fulgurante.
Y aquel viernes de octubre,
cuando llovía tenue y el Sena se vertía
en el único océano,
sin conocer fronteras,
religiones,
costumbres,
Soraya se envolvió
en su corriente antigua,
para poder bañarse, eternamente,
allá en su Golfo Pérsico.

La segunda parte del poemario abre con un poema de tema patriótico titulado “A Doña Juana I de Castilla”, la composición más larga del libro pues consta de ciento veinte versos. Comienza por una serie de preguntas retóricas con las que la voz poética se dirige al trágico personaje de la hija de los Reyes Católicos tratando de escrudinar si la luz de su mente había sido nublada por los efectos del amor, por algún sortilegio o por voces misteriosas. En la tercera estrofa del poema, la voz poética imagina y contempla la figura cautiva de la desgraciada y malograda heredera del trono de Castilla:

Hoy, Señora,
te imagino en tu torre
solemne y almenada:
la que empina su piedra
al azul de Castilla.
Te contemplo aferrada
a tu reja remota,
-o rozando el alféizar-
asida al sentimiento,
rememorando el tiempo irreparable,
y el paso de otras aves con el rumbo perdido;

o extendiendo las manos
vacías al recuerdo,
junto a un rayo de luz que caldeara
tu lóbrega estadía...

.....
Hoy te sueño mirando la corriente
del Duero en Tordesillas
abrazándose al Tajo,
mientras recuerdas, niña, el olear bravío,
el gemir de las velas,
el silencio después...

.....
Doña Juana Primera de Castilla:
tú fuiste todo aquello. Cada lucha,
cada camino y cada firmamento.
Y cada puerto en donde recalaste,
cada paisaje nuevo. Cada día
descubierto y vivido. Cada voz
que, en tu oído, vertiese su veneno,
eco de caracola.
Cada caricia
en el rincón más íntimo y más hondo...
Tú fuiste todo aquello:
triste el amor,
triste tu larga vida desahuciada,
sin lágrimas piadosas
regando tu mejilla y consolándote.
Tendiendo la mirada temerosa
hacia la libertad
eterna de los pájaros...

.....
Si te hubieran leído
la palma de la mano en aquel día...
si hubieras descubierto tu destino
en la secreta noche de tu arcano,
¿trocarías tu cetro de amargura y de oro,
por tridente de nácares profundos?
¿Y tu real corona
de perlas y traiciones, de rubíes y celos,
por diadema de conchas
y de estrellas marinas?
¿No hubieses preferido
que los férreos brazos del rey de los océanos,
en cortejo de espumas,
te tomasen?

En la tercera parte del poemario, la autora incluye dos sonetos, uno dedicado a la niña Angelines López Anglada, a la que compara a un hada con varita mágica y una estrella en la frente, y que encanta cuanto toca. El otro está dedicado al lienzo titulado “Caracola” de la pintora María Ángeles de Armas. Esta sección abre con un poema dedicado a la Santa de Ávila, “Agua y fuego en Santa Teresa”, composición en que la voz poética une su cántico de alabanza a la excelsa fundadora del

Carmelo Descalzo y Doctora de la Iglesia pues en la ciudad donde aún se respira la presencia de la gran mística española hasta las piedras de las murallas de la ciudad, el paisaje y la Naturaleza toda alaban

La mirada
de mujer enamorada
de los ojos del Señor.
El corazón, pura brasa
que se abrasa
inflamado en tanto amor.
la bravura
de un varón en la cintura,
para sostener la Cruz
como se tiene una espada,
empuñada,
y así repartir la Luz.

El último poema de esta sección es una sentida elegía a María Guerra de López Anglada, que nos hace pensar en el “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías” de García Lorca, y especialmente en la “Elegía a Ramón Sijé” de Miguel Hernández. Abre con una cita del “Cántico espiritual” de San Juan de la Cruz y tiene uno de los versos del poema, “mil gracias derramando”, intercalado entre los versos dedicados a la amiga María:

Ahora Fontiveros
me parece más cálida.
Mullida y confortable,
se me ofrece su piedra.
Diciembre es primavera, porque tú estás aquí;
y lo percibo:
Oigo subir tu voz, pausadamente,
trepar desde la tierra
al más alto balcón del firmamento,
y acariciar mi oído

.....
Jamás olvidaré tu blanca túnica,
orlada de bondad,
con que arropabas
a cuantos conocías.
Ni olvidaré
la conjunción perfecta de tu alquimia,
que transformaba en tibio resplandor
cuanto tocabas,

La última sección del libro, la cuarta, consta solamente de un poema titulado “Queja de la doliente Dorotea mientras buscaba al veleidoso Fernando” (Clarividente bebida). Comienza por una estrofa compuesta en su mayoría por preguntas retóricas y al final de una de ellas se menciona la “noche oscura del alma”, quizá para establecer un paralelo entre la búsqueda de la Esposa por el Amado en el “Cántico espiritual”, y la búsqueda de Dorotea también por valles y montañas por el objeto de su amor, el Burlador Don Fernando. En la segunda estrofa de este poema final se mencionan el amor “brujo”-bebido en la boca del amado- y la fascinación y sed por el vino de la seducción. La influencia y los ecos de la poesía de San Juan de la Cruz son más evidentes en la estrofa final del poema:

¡Oh, noche desoladora!
Amarga sombra de noche,
que se cierra como broche,
clausurándome la aurora.
Noche sin luna cantora:
abre el negro de mi ensueño,
para que pueda mi empeño
beber el vino en su copa;
que mi corazón galopa
a los brazos de su dueño.

Compartimos el juicio de Jorge de Arco, quien destaca “la trascendencia y la carga simbólica de cuanto se canta y cuenta” [en este poemario], la plasticidad de su imaginería metafórica, la sugestiva atmósfera femenina que alcanza con un lenguaje preciso y pulcro”. Pilar Aroca ha trabajado arduamente, con gracia y elegancia, los registros más armoniosos, puros y castizos de la lengua castellana y ha bebido en las fuentes de las voces más geniales de la literatura medieval, renacentista y moderna española, desde Berceo, el Romancero, Fernando de Rojas, a Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Miguel de Cervantes, García Lorca y Miguel Hernández, para nombrar algunos, y ha logrado crear, como señala Jorge de Arco, una “poesía bien dicha y bien armada, humana y vital... poesía que sangra y siente, que como una alfaguara mana a borbotones desde el alma”. La ingeniosa idea de utilizar obras pictóricas como fuente de inspiración en una admirable simbiosis de arte pictórico y arte lírico, unidos en moderna ékphrasis a la musicalidad de la aliteración en la rima e imaginería en los versos, han convertido a Pilar Aroca en una de las voces femeninas más talentosas e importantes de la poesía española contemporánea.

Nota:

(CIEHL, ha editado los fragmentos y el espacio para poder cumplimentar con el espacio de edición. Para ver pomeas completos y en su estructura, favor dirigirse a la referencia original bibliográfica del texto.)